

Impresiones sobre el cuerpo, el horror y el amor en los tiempos pandémicos

Paula Drenkard – Profesora e Investigadora UNR

Resulta ineludible -a la altura de los acontecimientos que nos sumergen en nuestra cotidianeidad desde hace año y medio- interrogar nuestra existencia por fuera de ese frágil espacio continuo-discontinuo que nos constituye y se nombra como **cuerpo**; y parece que esta cuestión o pregunta es posible de ser respondida a través de la narración de la experiencia sensible, de la práctica vivida –muchas veces con nombre propio-. En ese sentido, más allá de las estadísticas y los datos científicos, un pensamiento sensible y un cuerpo pensante, sólo se hacen presentes en el movimiento, en los lazos y en las historias: amalgamados, entrelazados, acoplados, integrados. Es así, como en lugar de explicar cuantificaciones, desarrollar postulados alrededor del pandemónium -que se ha vuelto omnipresente- o ubicar al cuerpo dentro de entramados teóricos, me pregunto por esa fragilidad, esa falla primera, ese universo biosimbólico que no es nuestra encarnación ni nuestra extensión al universo, ni nuestra coraza; porque no es una posesión, una propiedad de un agente superior (yo-cognición), al que debe darle cuentas, no es una mera facultad sintiente, menos aún un adminículo o un resto. Quizás es nuestra ceguera o nuestro inconsciente, quizás es lo innombrable (como la vida o la muerte): cuerpo-ser-siendo-sintiendo-en-conmoción. Y es ese mismo “resto” -concebido y modulado de esta manera, desde las lógicas y prácticas occidentales modernas, desde hace más de cinco siglos-, lo que entró en crisis planetaria; no ya la naturaleza en su totalidad sino la parcela de ella arrojada a “lo humano” (cuerpo-objetualizado), o la construcción y costumbre que hicimos de ella.

El “atentado terrorista del enemigo onírico”, tal como se nos está presentando, no sería hacia todo lo existente, sino hacia lo más y menospreciado, el significante vacío por plenitud: el soma¹; todo lo de demás (economías, órdenes políticos, conglomerados sociales) sigue alterándose o cayendo por defección. Los noticieros y algunos especialistas anunciaron que una guerra invisible parece azotar al planeta, así el mundo se redescubre en una red conectiva fría e intolerante. Esa red (fascia planetaria-internet) es el medio por el cual recreamos una ficción avizorada desde los inicios de la modernidad occidental. Las guerras de antaño eran tramitadas a través del cuerpo a cuerpo, la operación era real, la materialización de la conquista no dejaba lugar a dudas ni a sospechas. Siempre el cuerpo fue el blanco, la vida encarnada allí, el poder también encarnado allí; pero esa es una historia que fue transmutando como sus mecanismos de ejecución. Hoy, los efectos traumáticos no se parecen a aquellas guerras planetarias, donde los cuerpos eran destruidos de forma masiva en sus propios hogares y las huellas de la sangre y de los escombros invadían las imágenes recopiladas en

¹ Soma como “cuerpo vivido o cuerpo experienciado”, este concepto viene de la Educación Somática.

vivencias persistentes. Ahora los cuerpos que desaparecen están invisibles y muchos de ellos ya estaban invisibilizados: los cuerpos fragilizados por el hambre, la soledad, la segregación, la expulsión, la dominación; las dolencias físico-simbólicas son números que se vislumbran en ciertos momentos a través de los medios de comunicación y las redes digitales. Hay una sobrepoblación de informaciones continuas y de explicaciones a lo que sucede, de forma casi compulsiva, hay que hacer hablar al pandemónium y a sus efectos, en la lejanía aséptica de la virtualidad binaria o mediatizada; aun así, parecería faltar la experiencia, la transmisión directa, la presencia, el cuento. En este preciso momento, hay 19.750.245 casos en el mundo y seguimos contando desde una distancia que vas mucho más allá de los 2 metros protocolares. De modo que, todo se convierte en un signo que ha perdido sus referencias.

¿Después de una guerra sin guerra, qué queda en pie? Como decía Walter Benjamin exactamente 100 años atrás, *subsistimos en una intemperie constante*, desnudos de lazos, de cobertura socio-política que nos resguarde², cada vez más desolados; y aunque este derrotero corresponda a lógicas diseñadas desde principios de la modernidad, viene precipitándose en esta última centuria. Entonces, ¿por qué desatar esta guerra de este modo? ¿Es un azar del destino, obedece a tramas conspirativas, a órdenes biopolíticos, o son estos órdenes los que inmediatamente desarrollan estrategias para perpetuarse, replicarse, contagiarse (como el mismo virus)? ¿Es mejor salir de casa y temer a cualquier otro, sentir que la vida sólo es posible mediante pantallas que se multiplican? ¿Qué consecuencias tiene pensar que el roce, el toque, el choque, la proximidad, pueden ser una amenaza letal?

¿Qué alternativas nos quedan o cuáles construimos para seguir subjetivándonos a través de nuestra corporalidad y de nuestro inevitable juego singular de presencia-ausencia? Pues a pesar de que la sucesión pesadillesca de imágenes y acontecimientos filtrados por aparatos de transmisión continua, nos deje por momentos sin aliento (COVID 19), habría también subterráneas, aéreas, fluidas formaciones que persisten en su impulso vital. Y así, ¿las respuestas no estarán en esos mismos lugares que desnudan su fragilidad? ¿En esos cuerpos como tramas sintientes y significativas, en los lazos sociales a construir, en las experiencias que ritualizan nuestros modos de ser con otros, a través de una existencia que precisa del contacto y del contagio?

Ni la epidemiología ni nuestro sistema inmune (biocuerpo), logran descifrar los códigos secretos de este enemigo fluctuante. Como todo microorganismo muta, se adapta, se intensifica, se acomoda a los nuevos contextos, rearma su propio ecosistema, y es resiliente, pues se potencia con las diversas dosis de *pharmacon* que quieren combatirlo. Al enumerar estas cualidades surge un halo de confusión que tienen los estadistas e incluso los mismos

² Hoy flagrantemente sustituida por el control biopolítico.

especialistas: ¿Hasta qué punto lo que aparece en torno a las siglas, tiene que ver con mutaciones genéticas o no son quizás transformaciones socio-político-semióticas; y éstas, a qué ente/ser/ realmente corresponderían?: ¿a ese virus, a una nueva arma cuya valencia actual es silenciosa y letárgica?, ¿o a “ese gas” que lo contamina todo, el neo-semio-pos-capitalismo? ¿Qué es metáfora de qué, el virus del semiocapitalismo o el semiocapitalismo del virus? ¿No será este virus la misma vacuna que el propio planeta -natura versus salamanca- ha creado para defenderse de los órdenes humanos, como lo auguran algunos especialistas de lo social? Resulta exasperante no poder explicarlo todo -de acuerdo con nuestra configuración ideológica y nuestros habitus mentales-, y más aun no saber sobre lo sabido: la vida se escurre entre los dedos de las ciencias y de cualquiera de sus fundamentos, tanto los positivos como los hermenéuticos; ni siquiera la astucia de recurrir a elementos “mágicos” de otros saberes (hecho que, por su parte, sucede desde los albores del conocimiento científico y de los estados nacionales), puede dar solución a las lógicas epistémicas; sin embargo, los expertos siguen respondiendo desde esas tramas. El rey ha muerto, larga vida al rey.

Lo que podemos vislumbrar es que no sabemos qué hacer ni cómo movernos con la **incertidumbre** y entonces la llenamos con verdades parciales, imágenes hiperrealistas y discursos de obediencia o desobediencia hegemonzantes, afirmando unas leyes que nos dejaron de pertenecer hace tiempo -las leyes inexpresables de una naturaleza que no supimos enunciar (conocer) como creíamos-. La vida una vez más es misteriosa y se abre a innumerables sinsentidos. Esta vez el cimbronazo ha sido profundo y los estados tampoco estaban preparados para responder, el mundo padece de un aparente vacío existencial. Mientras los monopolios se fueron haciendo cada vez más poderosos, sostenidos por redes de expropiación de recursos naturales, de explotación de recursos humanos, de medicalización de la vida cotidiana y de consumos de sustancias y una extenuación del universo etéreo de prácticas, vinculaciones y circulación binarias³; mientras todo esto sucedía, la materialidad estructural de los hospitales –y de nuestras economías- se precarizaba, no dando abasto para semejante calamidad. Aun así, la necesidad de “normalizar” un estado de cosas, por más extraordinario que fuere, sigue rigiendo nuestras subsistencias, es el propio impulso vital del orden en el que sobrevivimos: los estados no saben qué hacer con sus economías y los monopolios no pueden seguir perdiendo dividendos. Es bueno paralizar los cuerpos, sujetarlos al miedo o a prácticas y políticas negacionistas, aislarnos los unos de los otros, pero no se puede dejar de producir. Limpiemos el planeta de pobres y desamparados, de viejos inútiles, sujetemos a las nuevas generaciones a sus propios asilos, pero por favor produzcamos-consumamos servicios, capital, bits y bytes. Sin embargo, en esta versión de la

³ Aquí en dos acepciones.

vida, nos seguimos olvidando de los sujetos-cuerpos. Las personas precisan creer que esto no es más que una noticia ininterrumpida que, a esta altura y como tantas otras, va perdiendo su peso específico; sin embargo, algo permanece latente y parece querer estallar en cualquier momento. ¿Será la guerra, serán esos microorganismos? ¿Seremos nosotrxs y nuestros cuerpos?

Aprehenderemos una parcela de la existencia que nos permitirá, eventualmente, seguir sobreviviendo, nuestra esperanza está depositada en la misma lógica en la que venimos transitando: la incorporación de una novedosa vacuna. De todos modos, e ineluctablemente, hay otros giros que serían imprescindibles para construir otros imaginarios de esa esperanza: ¿volver a abrazarnos no podría implicar también abrazar la incerteza, contemplar saberes diversos y trans-epocales, reconocer la diferencia –es decir cualquier significante que implique otro-otra-otre-, evaluar que la vida y la muerte tienen distintas posibles formas de representación, que la salud tiene otras derivaciones, que las corrientes monopólicas consumistas y de un capital acumulado (que no se traduce necesariamente en capital simbólico), seguirán hundiendo a quienes propulsan el hecho mismo de existir -como una potencia sensible y sintiente-: cuerpo-pensamiento vital?, ¿que lo que se nombra como solidaridad sólo sería posible desde un cambio de concepción de nosotrxs como personas-en-comunidad (lo que difiere de lo que hoy se reproduce como red social) y que, por otra parte, cualquier red precisa de trama para sostenerse y de una materialidad que no puede ser constantemente objetualizada ni desechada (cuerpo-resto-deshecho)?

En el siglo XVII alguien se preguntaba ¿Qué cosas podía un cuerpo?⁴ Y alguien se ha respondido, el cuerpo lo puede casi todo. En un esfuerzo de borrar su significancia, el cuerpo fue aislado de su “ser o esencia”⁵, ha sido dividido de la inteligencia y la mente, exiliado del alma, y objetualizado en las prácticas, saberes y haceres científicos, gubernamentales, publicitarios como también en la vida cotidiana. Es esa misma presencia-cuerpo, la que la cultura occidental procuró encerrar en instituciones y, simultáneamente, dejar de hacer hablar por sí sola. Aunque en lo discursivo parece constituir un valor (en tanto el cuerpo aloja la vida), sólo lo es desde un **punto de vista instrumental y normativo**: *vehículo de sensaciones, herramienta para trabajar, motor de pensamiento, objeto de deseo*. En esas formas de representación hegemónicas es también el obstáculo a muchas de nuestras necesidades imperiosas, encontrando, hoy en día, estas trincheras: la casa, la silla, el coche, el telón teledirigido; y modos de actuar, moverse, pensar, comunicar e incluso satisfacerse sexualmente a través de sus extensiones tecnodigitales. Así, en este particular momento,

⁴ Baruch Spinoza, filósofo clásico nacido en los Países Bajos, dice “nadie en efecto ha determinado hasta el presente lo que puede el cuerpo”; en: *Ética* (1677). México: Porrúa, 1990.

⁵ Conceptos devenidos del platonismo.

reaparece aquella pregunta, desplegando nuevas ambivalencias: ¿Qué es cuerpo? ¿El todo y la falla? ¿Lo que potencia y lo que se desvanece? ¿Y esa fragilidad -que es la existencia misma-, también es nuestra fortaleza? Hoy en día, cuando no estamos sometidos a aquellos mecanismos negacionistas, ese cuerpo nos angustia casi todo el tiempo: medimos la temperatura cada media hora, calculamos cuánta es nuestra capacidad respiratoria cuando estamos sentados, cuando vamos al baño y al despertar, salimos a correr para que el deterioro posible del encierro no nos anuncie nuestra caducidad, queremos romper las paredes y ocupar los parques, aunque no sean más que gestos de una libertad imposible. ¿Por qué ese cuerpo se convirtió en nuestro motor y nuestra cárcel? ¿Y por qué la supuesta liberación es interpretada a través de mecanismos digitales o, en un arco con solución de continuidad, en explosiones violentas en calles despobladas de sentidos? Por otra parte, ese “resto” que queda inmóvil, del otro lado de las infinitas pantallas, continúa siendo el habitáculo material donde operan nuestros más profundos mecanismos de identificación, donde somos -hasta ahora- personas. Pliegue sobre pliegue, el cuerpo decae en ese esfuerzo de volverse inmóvil, estático, inerte e inclusive etéreo (en conjunción ilusoria con mecánicos dispositivos que lo sustraen y abstraen, convirtiéndolo en artefacto inteligente que inevitablemente y, aun así, también se expresa). El cuerpo mismo es y no es extensión, experimentando los elementos del mundo material sin distinciones entre lo humano y lo no humano, conectando e integrándose por las sensaciones⁶. Finalmente, nuestro lenguaje ha dejado fuera maneras de nombrar ese todo discontinuo, así como modos de abrigar -y asociar- la sensación y la expresión con el pensamiento, con el cerebro, con su inconsciencia; y dejó fuera a la inherente movilidad de los músculos, tejidos y órganos que también piensan -mientras se mueven y en su reposo-. Lo vital es la piel que es tocada por el mundo y cada partícula está plagada de sentidos inexorables y difícilmente dichos del todo. Entonces, cómo nombrar más que re-nombrando (de-nombrando)⁷. Existe un espacio de finitud, como también de silencio, que hace parte de esta pausa o este paréntesis en el que nos toca vivir. En ese espacio intersticial y mientras escribo, siento-pienso plurales y divergentes cosas. Los sentidos-significantes son esos tejidos y esas membranas, los órganos y sus interrelaciones, esas potencias que nos hacen vivir y juntarnos para con-vivir. Allí mismo, somos una apertura al mundo luchando y disputándonos con las fuerzas que nos quieren desingularizar, desubjetivar, necropolitizar y en esa apertura aparece una imperiosa necesidad de expresarse (dis-continuar). Y así, en ese lapsus planetario y singular me digo: el virus no es la muerte, es sólo una parte de la misma esfera de lo posible; entonces, ¿por qué el miedo a morir?

⁶ Algunos especialistas dicen que el cerebro opera por sensaciones y sentidos: intensifica y contrae sensaciones tanto como las conserva, orienta y extiende sentidos por vibración tanto como los dirige.

⁷ Juego de palabras con el concepto de “deconstrucción” de J. Derrida.